

Cultura Cristiana Occidental y Civilización Oriental

Por Fr. Juan Labrador, O.P.

Introito. — Con honda comprensión del alcance y de la importancia de mi cometido en esta ocasión señalada, me presento ante vosotros —“ultimum inter pares”— para ver de perfilar el “leit motif” de este congreso.

No he de pretender que el desarrollo de mi tema vaya a ser exhaustivo, aun cuando considere agotador el asunto en gracia a mis menguadas dotes y la falta de tiempo disponible. No obstante, en vista de mi asignación y los años que llevo residiendo en el Extremo Oriente, creo, que sin propio merecimiento alguno, todavía puedo iniciar la consideración del asunto que nos congrega, es a saber, el impacto y la interrelación entre la cultura Cristiana Occidental y la Civilización Oriental. Sería bueno, en verdad, comenzar por aducir un ejemplo concreto, muestra elocuente del encuentro entre el occidente y el oriente con fructíferos resultados tangibles. Me refiero al caso filipino.

El caso filipino. — Nada menos que el propio Toynbee coloca a Filipinas dentro de la zona o área occidental en su mapa cultural del mundo.

Más perteneciente al continente asiático que a las miríadas de islas y archipiélagos del Pacífico, Filipinas ha estado en las encrucijadas de las grandes formas de cultura y civilización de ambos hemisferios, sobre todo las de India y China en el oriente y la Española y Anglo-sajona del occidente.

Habitada originariamente por los diminutos “negritos”, Filipinas experimentó una serie de olas migratorias de indonesios y malayos, que portaban consigo los ingredientes de la cultura y civilización hindú e islámica, que actuó de levadura sobre los modos primigenios de los aborígenes. Más tarde, las relaciones sostenidas con los chinos lle-

NOTA. — Ponencia presentada por su autor al Congreso de la Federación de Universidades Católicas.

gados a sus playas hicieron que los filipinos supieran del impacto de la cultura y civilización china. Si la influencia hindú e islámica resultaba más patente en la vida política y científica de los filipinos, la impronta china se hacía más visible en los módulos familiares y comunitarios de los mismos.

Mientras los filipinos sincronizaban sus inclinaciones indígenas con las nociones, costumbres, y aun prejuicios hindúes y chinos, sin, por eso, perder su personalidad fundamental, estos isleños recibieron más impactos con la llegada de los españoles y su estancia de más de tres siglos, seguidos luego de los norteamericanos, cuando Filipinas vino a ser territorio de los Estados Unidos a principios de este siglo.

Al paso que se volcaban en las islas estos modos de vida, mundos aparte del de los filipinos, consiguieron, no obstante, dejar en éste tal impronta, que hoy día contemplamos la realidad de un pueblo oriental casi total y convencidamente occidentalizado en sus miras y costumbres, si bien tamizadas por ese elemento malayo que hace de los filipinos una clase aparte. Por eso pudo decir con verdad el llorado presidente filipino, D. Manuel A. Roxas: "Filipinas está en el Oriente, pero no es del Oriente".

¿Cómo se ha llevado esto a cabo? ¿Cuán feliz parece ser esta simbiosis del oriente y el occidente? ¿Ha anulado acaso la personalidad oriental de los filipinos o la ha enriquecido?

Estas y otras preguntas afines podrán encontrar su respuesta en el curso de las deliberaciones de este congreso. Para ver de ayudar al hallazgo de esas respuestas, conviene, creo yo, dirigir ahora la atención a las nociones fundamentales de lo que sean la cultura y la civilización.

Cultura y civilización. — Sin descartar ninguna de las magníficas definiciones del concepto de cultura, para nuestro propósito me parece que Ortega y Gasset nos da una noción aprovechable cuando nos dice que la cultura "es el repertorio de soluciones vitales", es decir, la totalidad de las actividades y reacciones del hombre al procurar resolver los problemas y las situaciones con que se encuentra o en las que se instala en la vida, la cultura es el mapa de la vida, como Frank J. Sheed lo expresaría.

Mas, este vocablo genérico de "cultura" puede distinguirse en cultura propiamente dicha y civilización.

Para comprender esto, nos convendría seguir la explicación del Padre De Yurre en sus **Lecciones de Filosofía Social**: la cultura debe referirse a los cambios obrados por el hombre en el hombre, mientras que la civilización la constituyen las mutaciones realizadas por el hombre sobre la naturaleza irracional. Por consiguiente, la religión, la filosofía, las formas políticas, los sistemas éticos y otras cuestiones de esta índole forman la cultura de un pueblo, en tanto que su civilización abarcaría sus trabajos técnicos y científicos. Desde luego, hay una interrelación entre ambas. Así, una cultura dada podría engendrar un tipo definitivo de civilización y viceversa. Por citar un ejemplo contemporáneo: la preocupación del hombre por su vida y salud nos trajo la droga thalidomida. El uso de este medicamento, a su vez, sin embargo, ha

servido para provocar, en ciertos círculos, una alteración en la comprensión de la vida y la salud humanas. O veamos sino el respeto a la libertad de pensamiento y palabra. A su servicio contamos ahora con tales artefactos de la civilización como son la radio y la televisión. Mas, éstos, por su parte, han venido a cambiar ciertas actitudes y valores de la vida humana, tales como la tranquilidad doméstica, la probidad moral, y otras parecidas.

Por eso es más fácil importar y exportar civilización que hacer que la cultura emigre y se asiente. Hoy día los adelantos de la civilización se puede encontrar casi con la misma uniformidad en sitios tan dispares como son Buenos Aires, Tokyo, Berlín y Bangkok, en donde se encuentran, por otro lado, modos culturales radicalmente distintos entre sí.

Si se tiene esto en cuenta sería más fácil pretender la armonización de diversos sistemas culturales dentro del marco de un esquema parejo de civilización material. Confundir cultura con civilización supone pérdida de esfuerzos. ¿No sería éste el caso de los que, por ejemplo, con cierta ligereza enjuician la situación actual del Japón? ¿Cuán legítima es la llamada democratización y aun occidentalización del Japón? El aparato exterior puede que se dé en aquel país, es decir, los artefactos de la técnica occidental, pero ¿cuánto del módulo cultural occidental realmente informa la vida del japonés medio? ¿A qué actitudes y valores responden esos instrumentos materiales? La presencia de la civilización occidental en un lugar dado no entraña necesariamente la de la cultura occidental, porque, debe reiterarse, cultura y civilización, aunque normalmente conviven, pueden muy bien separarse una de otra.

Esto justifica nuestras esperanzas optimistas de que el oriente, no obstante su civilización propia, pueda aún adoptar y adaptar la cultura cristiana occidental.

¿Pero, qué es la cultura cristiana occidental?

Cultura cristiana occidental. — Al abordar este punto, se hace imprescindible discernir tres ingredientes básicos, que formativamente han configurado a la cultura cristiana occidental y la han mantenido así todos estos siglos, si bien modificada y enriquecida por las aportaciones peculiares de pueblos y naciones particulares en su articulación concreta. Estos ingredientes son: a) El elemento sobrenatural, b) la levadura orienta, y c) Los factores occidentales, griego y romano.

El hecho de la revelación divina, confirmada y completada por nuestro Señor Jesucristo, forma el meollo y la substancia de lo sobrenatural en nuestra cultura. En palabras de Bárbara Ward, en la cultura cristiana occidental, "Dios es el primer principio del ser, la base y substancia de toda existencia... Toda alma humana tiene acceso a Dios, porque el espíritu humano se basa de alguna manera en la primacía de Dios... la forma en que ese espíritu pueda liberarse... es acabando... con todos los apetitos y las pasiones restrictivas que encierran al individuo en su ser mortal" (Ward, "The Interplay of East and West", Nueva York, 1957, págs. 135-136).

La principal levadura oriental en nuestra cultura la dan los judíos, en cuya patria hizo el cristianismo su entrada en la historia. Ellos son, en verdad, los que han insistido en “el carácter finalista de la historia” y esto es así, porque la mentalidad hebrea estaba adherida a un plan divino de la creación, juntamente con la aportación personal del hombre al desarrollo de dicho plan. En otras palabras, el concepto judío del pecado como agente responsable estaba tan sólo a un paso de la aportación original del occidente, es a saber, la firme creencia en la libertad individual del hombre. Este “carácter finalista de la historia” y “la libertad individual del hombre” explican la grandeza y el progreso de la cultura cristiana occidental. Estas características apartan nuestra cultura de aquéllas del oriente donde la palabra “progreso”, como la entendemos, es un concepto desconocido, pues la cultura oriental está radicalmente inmersa en los ciclos inevitables de perpetuo devenir que predicán el Brahmanismo, el Budismo, y el Taoismo.

Añadidos a los elementos sobrenatural y judío, el concepto griego de ciudadano y la idea romana del imperio de la ley, ambos colaboraron para dar al cristianismo su levadura típicamente occidental. El elemento de responsabilidad personal proyectada en la conducta externa del hombre en la comunidad, como lo entendían los griegos, y la insistencia romana en la validez y el carácter obligatorio de una norma objetiva de conducta hicieron de la cultura cristiana occidental verdaderamente única. En efecto, como apunta Rostenne, en su *Dios y César*: “Al revelar a la humanidad la trascendencia de su vocación sobrenatural, el cristianismo brindó a la civilización una nueva gravitación”.

Por esta razón, la cultura cristiana occidental necesariamente hubo de poseer una agresividad que exigía su proyección internacional.

En el ámbito oriental esta proyección, aun en nuestros días, ostenta un nombre: Imperialismo. Su sentido peyorativo, no obstante, no debe preocuparnos indebidamente, porque, como Dawson nos advierte: “cualquiera que sea nuestro juicio moral acerca del Imperialismo, debemos aceptarlo, así la guerra y el Estado, como uno de los elementos constitutivos que han hecho al mundo moderno. Ha conjugado ambos los mejores y los peores elementos de la cultura occidental” (Dawson, “*Understanding Europe*”, Image Books Edition, 1960, pág. 128).

Esta expansión exterior sirvió para liberar al comercio europeo de las restricciones surgidas de las conquistas turcas, pero, lo que aun es más importante, supuso la continuación del movimiento de las cruzadas de la cristiandad de la Edad Media.

Los principales protagonistas de esta proyección internacional fueron España y Portugal. En su empresa demostraron, en palabras de Dawson: “un sentido extraordinariamente elevado de responsabilidad por el bienestar de la población indígena y una preocupación “extendida” por crear una sociedad y una cultura cristianas en el nuevo mundo” (Dawson, *op. cit.*, pág. 129). La empresa llegó hasta el hemisferio oriental y la misma devoción dejó su huella. En el caso de Filipinas, como ya ha quedado apuntado, con un éxito rotundo.

De ahí que “... en los últimos cuatrocientos o quinientos años, el mundo occidental ha sido la fuerza agresiva, “expansiva”, y aun

de alteración para las otras civilizaciones y modos de vida" (Ward, op. cit., pág. 12).

Ahora bien, ¿cómo es este mundo oriental, esta civilización y cultura oriental?

Civilización oriental. — Desde hace mucho tiempo se han conceptualizado a Europa y al Asia como los extremos de la civilización.

Conociendo ya a Europa, preguntémosnos ahora qué significan el oriente y su cultura.

F. S. Northrop escribe: "El significado de la civilización oriental... puede darse muy brevemente. La porción oriental del mundo ha concentrado su atención sobre la naturaleza de todas las cosas en su inmediatez emotiva y estética, puramente empírica y positivista" (Northrop, "The Meeting of East and West", Nueva Yor, 1959, pág. 375). Nos dice además que, por su parte, el Occidente "ha investigado estas cosas en su componente teórico" (op. cit., pág. 375).

A fin de evitar simplificaciones, no obstante, es más seguro convenir con Dawson, cuando escribe que, en tocante a la cultura, debería hablarse de "las Asias más que del Asia". Procede luego a señalar estas divisiones: 1) **Extremo Oriente.** Centro: el Valle del Río Amarillo. Area de expansión: Korea, Japón, Sur de China, e Indo-China; 2) **India.** Centro: los valles del Indus y el Ganges. Area de expansión: Caylán, Cambogia, Java; 3) **El Asia Sudoeste.** Centro: el Islam. Area de expansión: Africa, el Mar Negro, el Volga, India, Malaya; y 4) **El Asia del Norte.** Centro: Rusia. Area de expansión: los antiguos estados mongoles (op. cit., págs. 121-122).

De éstos, tres todavía poseen sus propias tradiciones religiosas y filosóficas, a saber, el Confucionismo, el Hinduísmo, y el Islam. Por esta razón, concluye Dawson: "Las grandes civilizaciones asiáticas son modos de vida en un sentido mucho más definido y consciente que cualquiera de la cultura occidental" (op. cit., pág. 122). Por eso, en otro lugar, el mismo Dawson afirma que: "En el oriente... los hombres se tenían más por Mahometanos, Hindúes, Budistas o Sikhs que por Egipcios, Sirios, Indios, o Indonesios" (Dawson, "The Revolt of Asia", Sheed & Ward, pág. 30).

Esta tónica religiosa de la civilización oriental debe considerarse cuando se pretenda diseminar la cultura cristiana occidental en el oriente. En verdad, "las religiones del Este son órdenes sagradas o culturas litúrgicas en las que cada detalle de conducta tiene significado religioso, de tal forma que es posible adivinar cuál sea la religión de un hombre por la manera como se conduce al comer o al vestirse" (Dawson, op. cit., pág. 31).

El Hinduismo nos indica esto muy claramente. En él se encuentra uno con una intrincada jerarquía de sociedades religiosas hereditarias. En verdad, todo el sistema social, así como la vida en común del individuo, luce una tonalidad divina y está rodeado de sanciones y ceremonias religiosas.

Por su parte, la civilización china también importa un orden sagrado. A decir verdad, la cultura china exige la subordinación total del individuo a las tradiciones sagradas.

Siguiendo aun a Dawson, apuntamos que en el caso del Islam, el carácter religioso de su cultura es más fácil de entender, ya que su trasfondo teológico tiene mucho de común con el del catolicismo. Para aquella religión, "el fin de la vida humana es el servicio de Dios Ibada" (op. cit., pág. 32).

Estos tres mundos culturales son diversos en pensamiento y en instituciones sociales: "La China ancestral era una sola sociedad en toda la extensión de la palabra; la India antigua poseía uniformidad social sin unidad política. El Islam era una verdadera y plena comunidad espiritual" (op. cit., pág. 33).

Con estos tres mundos tuvo contacto la cultura cristiana occidental y con ellos deberá mantener su interrelación.

Es el gran problema de Oriente y Occidente.

Oriente y Occidente. — El contacto entre Occidente y Oriente se ha llevado a cabo en tres planos: a) Ideológico: religión y filosofía; b) Político: tipos de gobierno; y c) Económico: subestructura material de la sociedad.

De resultas de estos contactos, el Oriente obtuvo la impresión pertinaz de la agresividad del Occidente. Ante esta característica, así como ante el celo misionero de los predicadores del Evangelio, los orientales, si deseaban que sus instituciones propias sobrevivieran, podían bien levantar una muralla de oposición —recuérdese la política de "puertas cerradas" de Hideyoshi— o reaccionar favorablemente disponiéndose a asimilar las características y los valores occidentales dentro de su propio sistema.

Esto nos remite a un proceso revolucionario en Asia, que va barriendo los mitos ancestrales. Hay un cambio señalado en la situación del Asia, particularmente en vista del auge del nacionalismo oriental.

En este conjugarse el Occidente y el Oriente, es bueno recordar que el Cristianismo, a veces, se ha tenido, y en algunos sectores del Asia aún se le tiene, por el aspecto espiritual del imperialismo o el colonialismo y por esta razón, se le ha opuesto como un fenómeno extranjero e internacional. Por otro lado, en sitios como India y China, la influencia cristiana ha desempeñado un papel considerable en el crecimiento y desarrollo de los movimientos nacionales, ya que éstos han sido la labor de las nuevas clases educadas, compuestas de caudillos que han aprendido las nociones occidentales de libertad y democracia y progreso a través de los misioneros cristianos.

Vislumbre futuro. — Bárbara Ward nos advierte: "Esta es la primera vez en la historia del hombre que el procurar un sistema de relaciones entre las grandes civilizaciones del Oriente y nosotros es asunto de extrema urgencia... Sin embargo la cooperación se hace virtualmente imposible sin un concierto de entendimientos" (Ward, op. cit., págs. 11-12). El actual torbellino revolucionario en el plano ideológico del Extremo Oriente tan sólo sirve para recalcar el hecho de que no estamos frente a un abismo disolvente en el Oriente, sino, al contrario, ante maravillosos puntos de similaridad. Ciertamente cualquiera

introspección a fondo de los fundamentos culturales de Oriente y Occidente demuestra, no que sean idénticos, pero sí complementarios.

El compás revolucionario que se nota en el Oriente hoy día ha servido para debelar las seculares barreras de tradición y costumbre, que hacían poco menos que imposible para la Iglesia el dirigirse directamente a las gentes orientales. Ahora hay ya un aflojamiento de las presiones adversas al Cristianismo.

Por esta razón, el futuro se presenta harto prometedor. Toda posible fuente de pesimismo puede sólo nacer del “error del mundo oriental de creer que Dios lo hace todo y el hombre nada”, aun cuando, a su vez, el mundo occidental pueda cometer el error contrario de poner toda su confianza en el hombre y ninguna en Dios.

Para evitar este error bicéfalo debemos tener en cuenta que nadie debe ir a ningún país, bien sea de Oriente ni Occidente, con la errónea idea de que toda la cultura de dicho país es cosa del diablo. Pero, así mismo, hay que evitar el otro extremo de enamorarse tanto de la cultura del país que nos haga olvidar el Cristianismo.

Como Pío XII, de santa memoria, ha dejado escrito: “...que, al introducirse en un país, el Evangelio no destruya ni extinga cuanto ese pueblo posea que sea naturalmente bueno, justo, y bello... La Iglesia Católica no ha despreciado ni rechazado las filosofías paganas. Al contrario, después de librarlas del error y de toda tara, las ha perfeccionado y completado con la revelación cristiana” (Pío XII, “Evangelii Praecones”, “AAS”, 1951, págs. 521-522).

Y enseñoreando toda la tarea de armonizar el Oriente con el Occidente, el anterior embajador chino, Wu, en su **El Cristianismo...**, nos lo sugiere nítidamente de este modo: “Solamente cuando amemos a Dios sin medida podremos cumplir en la medida cabal con nuestros deberes para con los hombres”.

¡Así sea!